

# La senda de Claudia

**C**laudia Poll, alemana de ascendencia, nicaragüense de nacimiento y costarricense de corazón, nos ha estremecido a todos los costarricenses. No exagero cuando afirmo que el bello domingo 21 de julio de

1996 será recordado como uno de los días más conmovedores, significativos y felices de nuestra nación.

Ese día veraniego y soleado, en el sur profundo de los Estados Unidos de América, Claudia Poll coronó, con la premiación más alta que el mundo solo confiere a los mejores, su carrera de 17 años. La epopeya de Claudia, como toda epopeya

individual de la historia, ha sido una lucha contra sí misma. La suya es una gesta de frías madrugadas, de dolor muscular, de soledad e incertidumbre. Claudia cada mañana no luchaba con contrincantes conocidos, sino contra sí misma, contra sus propios tiempos, contra sus humanas debilidades.

El coraje, todos sabemos, es una cualidad bastante escasa en nuestra especie. Escasa también es la virtud de la constancia para alcanzar las más altas metas de honor. Si a ello agregamos belleza, humildad y gracia, nos encontramos frente a un ser humano extraordinario. Claudia es extraordinaria. Por eso estamos todos sobrecogidos, estremecidos.

Los hombres simples, que somos mayoría, siempre nos estremecemos ante los grandes actos de coraje. Desde los días de

▼ El camino de la superación es la lucha contra nosotros mismos



Homero, los héroes y las heroínas, nos asombran y conmueven. Ellos nos recuerdan lo que somos y de lo que somos capaces...

Este pueblo simple y generoso, debilitado por siglos de malas costumbres, ayuno de héroes y dirigentes, defraudado por unos políticos mentirosos y algunos empresarios inescrupulosos, lloró unánimemente de gozo y emoción cuando vio a su hija escogida en el estrado más alto de la gloria. De repente renació en nosotros la esperanza, el deseo de superación, el ánimo de ser mejores. Claudia Poll logró lo que, me temo, no han logrado desde los púlpitos y aulas los sacerdotes, predicadores y preceptores que enseñan no con autoridad, como el maestro, sino como los Escribas...

La hazaña de Claudia, nuestra heroína

nacional, va más allá, mucho más allá, de las piscinas olímpicas y los récords mundiales. Claudia, sin proponérselo tal vez, tal vez proponiéndoselo, le ha señalado a la nación entera, a los gobernantes, a los trabajadores, a los políticos, a los empresarios, a los jóvenes, a todos, que el único camino de la superación y el progreso es la lucha contra nosotros mismos para ser mejores.

Desgraciadamente, debo admitir, mi verbo pobre y escuálida prosa no pueden describir tanta grandeza.

Cuando vimos ondear nuestra bandera y a Claudia, después de su planetario triunfo, todos nos estremecemos. La providencia, al parecer, había dispuesto que esa imagen de gloria quedara grabada para siempre en nuestra memoria individual y nacional. Allí, Claudia era la expresión más exquisita de excelencia, belleza, generosidad y auténtica humildad.

En ese domingo grandioso, como apartado por Dios para nuestra golpeada nación, al caer el día, nos reunimos las familias de Costa Rica para meditar en la grandeza de Claudia, en su esfuerzo, en su espíritu generoso y agradecido, en su belleza, en su gracia admirable. Primero fue el gozo, luego las lágrimas, más tarde el silencio.

Los costarricenses, sin distinciones de ninguna especie, como una familia unida, estamos agradecidos y en deuda con Claudia. Claudia nos ha llenado de esperanza, la esperanza que estuvimos a punto de perder, y nos has marcado una senda superior, la senda del esfuerzo, del amor y la entrega suprema. Gracias Claudia por predicar con el ejemplo. Gracias por tanta bondad. Gracias, muchas gracias.



**LUIS CARLOS  
RAMIREZ  
ZAMORA**